

Carta de Don Bosco a los Salesianos sobre la difusión de los buenos libros

Turín, 19 de marzo, fiesta de San José, 1885

Edición preparada con ocasión
de los centenarios de la redacción de la carta (1885-1985)
y de la visita de Don Bosco a Barcelona (abril - mayo 1886 - 1986)

Ocasión

La negativa del premio apetecido en la Exposición Nacional de la Industria (Turín, 1884) le hizo ver a Don Bosco que si unos apreciaban su labor editorial y propagandística, otros, en cambio, se proponían ignorarla olímpicamente.

En el fondo les resultaba molesta por el bien que estaba haciendo en el ámbito popular y juvenil.

Es el momento en que Don Bosco madura el proyecto de dirigirse a los suyos con una carta circular sobre la difusión de los buenos libros.

Ésta apareció con fecha del 19 de marzo del año siguiente, 1885.

Destinatarios

A Don Bosco le quedan menos de tres años de vida cuando escribe esta carta. Se siente cansado y con las fuerzas debilitadas. Pero el viejo luchador no se resigna a dejar este mundo sin recomendar vivamente a sus hijos los salesianos - "que por lo mismo que sois mi esperanza, sois también mi gloria y mi apoyo" - que continúen trabajando en la brecha que él les ha abierto, "para que vuestro ministerio dé mayor fruto".

La carta-exhortación está muy bien redactada y respira ese aire de solemnidad propio de los documentos que han de quedar para la historia.

Ambiente y estilo

"Don Bosco puso en marcha un conjunto de iniciativas editoriales que, a distancia, lo hacen aparecer como hábil y clarividente propulsor de la comunicación social" (Don Viganó).

En pleno siglo XIX ha vivido su compromiso con la juventud como escritor, primero, luego como editor - "¡hasta empresario!" - y siempre como propagandista de todo lo bueno, propio o ajeno.

El texto de su carta, de tono exhortativo, rezuma el estilo y el ambiente de su tiempo: eclesial, política, cultural e ideológicamente conflictivos y de lucha. Pero por encima de todo, resulta intuitivo, convencido y convincente.

En esta carta Don Bosco nos confía sus convicciones y motivaciones sobre la importancia y el valor de un buen libro, a fin de transmitir a sus primeros salesianos la misma fuerza de convicción, la misma pasión ("pretendo recomendaros encarecidamente"), esa misma pasión la habría sentido por todos los media y la habría comunicado a los salesianos de cualquier época. Cualquier medio, y en el caso que nos ocupa, el libro, si se utiliza para promover el bien y la dignidad del hombre, es una riqueza y una inversión en la humanidad y en su futuro.

El texto de la carta

Amadísimos hijos en Jesucristo:

El Señor es testigo del deseo que siento de veros, de encontrarme entre vosotros, de hablaros de nuestras cosas, de consolarnos con la confianza mutua de nuestros corazones. Mas, por desgracia, queridísimos hijos, mis pocas fuerzas, los restos que me quedan de mis antiguas enfermedades y los asuntos urgentes que reclaman mi presencia en Francia me impiden, al menos por ahora, secundar el impulso de este mi afecto hacia vosotros.

No siendo posible, pues, llegarme hasta cada uno en persona, voy por carta; estoy seguro de que me agradeceréis el continuo recuerdo que os dedico a vosotros, quienes, por lo mismo que sois mi esperanza, sois también mi gloria y mi apoyo.

Es por lo que, deseoso de veros crecer día tras día en celo y méritos ante el Señor, no he de perder ocasión de sugeriros, oportunamente, lo que juzgue más eficaz para que vuestro ministerio dé el mayor fruto.

Entre todos los medios, es el de la *difusión de los buenos libros* el que yo intento recomendaros ahora encarecidamente, para gloria de Dios y salvación de las almas. *No dudo en calificarlo de divino, puesto que Dios mismo lo utilizó en la salvación del hombre.* Fueron los libros que él inspiró los que ofrecieron al mundo la doctrina verdadera. El dispuso que, copias de los mismos, se distribuyesen por todas las ciudades y por todos los pueblos de Palestina y que cada sábado se leyesen en las asambleas religiosas.

Al principio, estos libros eran patrimonio exclusivo del pueblo hebreo; mas, conducidas las tribus a cautiverio en Asiria y Caldea, he aquí que la Sagrada Escritura fue traducida a la correspondiente lengua, y el Asia entera pudo leerla en su propio idioma.

Cuando la hegemonía griega, los hebreos situaron sus colonias en todos los rincones de la tierra, y en ellas los libros santos se multiplicaron hasta el infinito. Y los *Setenta*, con la traducción que hicieron, vinieron a enriquecer incluso las bibliotecas de los pueblos paganos; en consecuencia, los oradores, los poetas y los filósofos de aquellos tiempos extrajeron no pocas verdades de la Biblia. Dios preparó al mundo para la venida del Salvador valiéndose, principalmente, de sus escritos inspirados.

A nosotros nos toca, pues, imitar el modo de obrar del Padre celestial. Los *buenos libros, repartidos entre el pueblo, son uno de los medios verdaderamente a propósito para mantener el reino de Dios entre las almas.* Los pensamientos, los principios y la moral de un libro católico son, en realidad, sustancia sacada de los libros sagrados y de la tradición apostólica. Y han venido a ser tanto más imprescindibles cuanto que cada día la impiedad y la inmoralidad utilizan esta misma arma para hacer estragos en el rebaño de Cristo, ya que seducen y arrastran a la perdición a incautos y desobedientes.

Por lo mismo, *ha de oponerse arma contra arma.*

Añadid a esto que *si un buen libro no tiene la fuerza que emana de la palabra hablada, con todo, presenta otras ventajas que en ocasiones son mayores.* Un libro puede entrar hasta en las casas en que no entra el sacerdote, y hasta los mismos malos lo toleran como recuerdo o regalo. Cuando se ofrece a sí mismo, no se sonroja, y si se le abandona, no se enfada; enseña la verdad sin prisas si se lee, y, despreciado, no se queja, sino que suscita el remordimiento aquel que produce deseos de conocer la verdad: él siempre está a punto para enseñarla. A lo mejor se está, cubierto de polvo, sobre el pupitre del estudio o en el anaquel de la biblioteca, y nadie piensa en él; pero, llega la hora de la soledad, del desánimo, del dolor, de la tristeza, o simplemente de la necesidad de distracción o de la angustia por el futuro, y entonces este amigo fiel se sacude el

polvo, abre sus páginas ... y se repiten las prodigiosas conversiones de San Agustín, del beato Colombino y de San Ignacio de Loyola.

Comprensivo con los miedosos a causa del respeto humano, se entretiene a solas con ellos sin levantar la menor sospecha; familiarizado con los buenos, está pronto a darles conversación y a acompañarlos siempre y a todas partes. ¡Cuántas almas se salvaron por los buenos libros; a cuantas preservaron de la corrupción y espolearon al bien!

Quien regala un libro, aunque no obtenga otro resultado que el de haber suscitado un pensamiento sobre Dios, ya se apunta ante éste un mérito incomparable. Pero suele lograrse mucho más. Un libro regalado a una familia, quizás no lo lea aquél en quien intencionadamente se pensó, pero lo leerá, en cambio, el hijo o la hija, el amigo, el vecino. Hasta puede darse el caso de que, en un pueblo, un mismo ejemplar vaya pasando por las manos de centenares de personas. ¡Sólo Dios sabe hasta qué punto puede hacer el bien un libro en una ciudad, en una biblioteca circulante, en un núcleo obrero, en un hospital; libro que, quizá, sólo fue entregado como señal de amistad!

Y no se tenga miedo de que un libro bueno pueda ser rechazado por alguien precisamente por esto, por ser bueno. Al contrario: Un hermano nuestro, cada vez que se acercaba a los muelles de Marsella, iba bien provisto de libros buenos que regalaba a los mozos de cuerda, a marineros y obreros. Pues bien; estos libros siempre fueron aceptados con alegría y gratitud, y, en no pocos casos, se ponían a leerlos con avidez inmediatamente.

Por delante, pues, estas consideraciones, y, omitidas otras muchas que a vosotros mismos se os alcanzan muy bien, os pondré a continuación, más en concreto, las razones que os tienen que animar a difundir los buenos libros por todos los medios y con todas vuestras fuerzas; no sólo como cristianos, sino de manera particular como salesianos.

1) *Esta fue una de las empresas principales que el Señor me encomendó; y vosotros sabéis que la tomé con infatigable empeño a pesar de mil otras ocupaciones.* El rabioso odio de los enemigos del bien y la persecución de que fue objeto repetidamente mi persona son buen argumento de cómo el error veía en mis libros un formidable enemigo y, por la razón contraria, de que se trataba de una empresa bendecida por Dios.

2) Efectivamente, la difusión admirable de estos libros ya es un argumento que prueba una especial ayuda de Dios. Se acercan a los *veinte millones* los opúsculos o volúmenes que, en menos de treinta años, hemos esparcido entre el pueblo. Si bien es verdad que algunos de estos volúmenes habrán quedado del todo olvidados, otros, en cambio, han debido ser leídos por centenares de lectores; y, en cualquier caso, el número de personas a las que nuestras publicaciones pudieron hacer bien, se ha de dar por muy superior al número de volúmenes publicados.

3) *La difusión de buenos libros es, precisamente, uno de los fines más importantes de nuestra Congregación.* El artículo siete del primer capítulo de nuestras reglas se expresa así, acerca de los salesianos: «Se empeñarán en *la difusión de los buenos libros* entre el pueblo, usando todos aquellos medios que la caridad cristiana inspira. Con la palabra y *los escritos* se esforzaran en poner un dique a la impiedad y a la herejía, que de tantas maneras tratan de insinuarse entre los rudos e ignorantes. A este objeto se encaminarán los sermones que de cuando en cuando se predicán al pueblo, los triduos, las novenas y *la difusión de los buenos libros*».

4) Por lo tanto, entre los libros que hay que difundir, yo digo que han de tenerse en cuenta aquellos que tienen fama de ser buenos, morales y religiosos; y aun *han de preferirse las obras salidas de nuestras tipografías*: de una parte, porque lo que pueda haber de ganancia se transforma en caridad al ayudar a mantener a tantos de nuestros jóvenes pobres; y de otra, porque nuestras publicaciones intentan constituir un todo ordenado, en una visión amplia, con

que poder llegar a cuantas clases integran la sociedad humana.

No insisto en esto; únicamente os señalo con complacencia una de estas clases sociales: la de *los jóvenes*, a la que *siempre busqué el modo de hacer el bien; no sólo de viva voz, sino además, de diversas maneras con la letra impresa, como detallo a continuación.*

En efecto: con las mismas *Lecturas Católicas*, si bien es verdad que en una primera intención deseaba instruir al pueblo en general, desde otro punto de vista mi plan era entrar en las casas particulares y dar a conocer el espíritu que reinaba en nuestros colegios y atraer a la virtud a los jóvenes, sobre todo con las biografías de Domingo Savio, de Besucco y otras obras parecidas.

Con *El joven cristiano* me propuse conducirlos a la iglesia, infundir en ellos el espíritu de piedad y enamorarlos de los sacramentos.

Con la colección de clásicos latinos e italianos expurgados y con la *Historia de Italia*, así como con otros libros históricos y literarios, me las arreglé para sentarme junto a ellos en la clase y preservarlos de muchos errores y pasiones que les hubieran sido fatales para esta vida y la otra.

Deseaba también, con ilusión, acompañarlos en sus ratos de ocio, y he pensado estructurar una serie de libros amenos que, espero, saldrán pronto a la luz pública. Finalmente, con el *Boletín Salesiano* entre otros fines, perseguí también éste: el de mantener en los jóvenes que vuelven a sus familias el aprecio por el espíritu y las máximas de San Francisco de Sales, y el de convertirlos a ellos mismos en salvadores de otros jóvenes.

No es que diga que haya conseguido plenamente mis objetivos, pero sí que os toca a vosotros coordinarlos de *tal modo que aún se puedan alcanzar enteramente.*

Os invito y os conjuro, por consiguiente, a que no desatendáis esta importantísima parcela de nuestra misión. Y comenzad por no limitaros a desarrollar este apostolado únicamente en favor de los jóvenes; sino que, además, habéis de conseguir de ellos, con vuestras palabras y ejemplos, que se conviertan en otros tantos apóstoles de la buena prensa.

A principio de curso, los alumnos, especialmente si son nuevos, se entusiasman fervorosamente con estas cosas nuestras; tanto más que es bien poco el dinero que hay que desembolsar. Procurad, naturalmente, que sus suscripciones sean espontáneas y no, en modo alguno, impuestas; pero, razonadamente, exhortadles a que se suscriban, no sólo a la vista del bien que dichos libros pueden hacerles a ellos mismos, sino también por el bien que con ellos pueden hacer a otros, enviándolos a sus familias según se van publicando: al padre, a la madre, a los hermanos y bienhechores. Hasta los parientes mas fríos en religión se conmueven ante este recuerdo de un hijo o de un hermano lejano, y, muy fácilmente, se sienten estimulados a su lectura; si no por otra razón, por curiosidad al menos. Pongan, eso sí, cuidado en que esos obsequios no tengan apariencia de sermón ni de querer dar lecciones a los suyos, sino, sencillamente, de regalo y de cariñoso recuerdo. Y cuando, más tarde, esos alumnos vuelvan a su casa, que pongan empeño en acrecentar el mérito de sus buenas obras donándolos a sus amigos, prestándolos a otros parientes, regalándolos como propina por servicios recibidos, ofreciéndoselos a los párrocos con el ruego de que los difundan y buscando nuevos suscriptores.

Estad seguros, mis queridos hijos, de que una *propaganda semejante, inteligente, atraerá sobre vosotros y vuestros jóvenes las mejores bendiciones del Señor*

Termino. *Las conclusiones de esta carta toca sacarlas a vosotros**: logrando que nuestros jóvenes se impongan en los principios morales y cristianos, preferentemente a través de nuestra producción impresa, aunque sin despreñar la de los otros. He de deciros, empero, que mi corazón experimentó una gran pena al enterarme de que, en algunas casas, las obras que hemos publicado expresamente para la juventud han sido a veces ignoradas o no tenidas en cuenta. No

os entusiasméis, ni entusiasméis a otros con aquella ciencia de la que el Apóstol dice que *infla*; recordad, por el contrario, a San Agustín, el cual, cuando llegó a obispo, aunque consumado maestro en el bien decir y orador elocuentísimo, prefería la impropiedad del lenguaje y la inelegancia del estilo antes de exponerse al riesgo de no ser entendido por el pueblo.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros.

Rogad por mí, afectísimo en Jesucristo,

Sac. Juan Bosco

** Todos los textos subrayados en cursiva han sido hechos para esta edición.*

Comunicadores populares

Ciertamente una toma de posición de este nuestro XXII Capítulo General es la voluntad de *mayor compromiso en el área de la comunicación social*, sobre todo en favor de los ambientes populares. (...).

Este XXII Capítulo General, relejendo la carta de Don Bosco de 1885, sobre la que habrá que volver, ha reafirmado que la comunicación social debe ser uno de los rasgos vivos y esenciales de nuestra actividad apostólica.

En este punto se puede hablar de un *cambio de perspectiva* y de una *presencia nueva*, pues el Capítulo ha puesto las bases para una *recuperación vigorosa* y ha confiado el sector a un consejero que ayude a las inspectorías a realizar gradualmente el *nuevo compromiso*. (...)

El sector de la comunicación social está, junto con el de la Familia Salesiana, bajo la animación del mismo consejero. Me parece que no es sólo una unión ocasional, sino que es basta indicativa. (...) La *Familia Salesiana* puede movilizar un alto potencial humano de influencia en la opinión pública, programando intervenciones difundiendo ideas, educando a los pobres, liberando muchas energías de bien, poniendo numerosas fuerzas al servicio de la civilización del amor. (...)

Si hoy la ruptura entre Evangelio y cultura se agudiza por culpa de una comunicación superficial, religiosamente desinformada y a menudo ideologizada, es preciso que nosotros colaboremos en favor de una fuerza educativa que *plasmee mentalidad y cree cultura*, como una *auténtica escuela alternativa*.

DON EGIDIO VIGANÓ,
Rector Mayor de los Salesianos,
Discurso de Clausura del XXII Capítulo
General